

mente á la vista. Por esto Dios permite algunas veces que nos fallen las cosas necesarias, para probar si le somos fieles; y cuando ellas nos faltan, esta carestía, en lugar de agitarnos y de entibiarnos debe afirmarnos mas en el designio que hemos formado de ser de Dios perfectamente. (S. Aug. de Serm. Dom. c. 17).

51.

SOBRE EL PECADO QUE SE LLAMA TENTACION DE DIOS.

Tentar á Dios es decir ó hacer alguna cosa sin justa causa, para experimentar la providencia de Dios. Así, por ejemplo, seria tentar á Dios si se le pidiese que hiciera algun milagro sin necesidad, para hacer conocer su voluntad; si se expusiese uno á caminar sobre las aguas, porque Dios podria impedir que se anegase; si se quisiese uno arrojar de una torre, porque Dios podria impedir que no se matase de esta caida. Por esto Nuestro Señor respondió al demonio, que le decia que se precipitase de lo alto del templo, y que los Ángeles le impedirian caer: *Está escrito: No tentarás á tu Dios.* (Matth. iv). Leemos tambien en el Éxodo que los israelitas tentaron á Dios, diciendo: *Probemos si Dios está entre nosotros.* (Exod. xvii). Como si hubiesen querido informarse si cuidaba de su conducta, y si tenia facultad de proveer á todas sus necesidades. Estas suertes de tentaciones de Dios son tan criminales, que por esto les dijo que no entrarían jamás en la tierra prometida á sus padres. (Num. xvii).

Se tienta tambien á Dios cuando se quiere conseguir algun fin sin valerse de los medios que ha establecido para ello. El autor del Eclesiástico nos advierte, que preparemos nuestra alma antes de aplicarnos á la ora-

cion, para no imitar á los que tientan á Dios. (Eccli. xviii). La santa doctrina nos enseña, dice san Agustin, que cuando uno tiene el medio de hacer alguna cosa por sí mismo, no debe tentar al Señor su Dios: pues á nuestro Salvador no le faltaban medios para preservar á sus discípulos, y con todo eso les dijo: *Cuando os persiguieren en una ciudad, huid á otra.* Y él les habia dado el ejemplo de esto; porque aunque tuvo el poder de dejar su propia vida y volverla á tomar á su voluntad, en su infancia huyó á Egipto, y se hizo llevar allí por su santísima Madre y san José. Quiso tambien ir de oculto á Jerusalem el dia de una gran fiesta, mostrando así la flaqueza de hombre; para que cada uno aprendiese á no tentar á Dios, esperando de su providencia lo que puede hacer por sí mismo. (S. Aug. lib. xxii cont. Faust.). El mismo santo Doctor añade en otra parte: Aunque Dios haya dicho: *Invocadme en el dia de vuestra afliccion; yo os libentaré, y vosotros me glorificaréis;* no se sigue que el apóstol san Pablo hiciese mal en huir y hacerse descolgar de lo alto de la muralla de la ciudad con una espuerta, para no caer en las manos de sus enemigos; ni que debiese aguardar que se apoderasen de su persona, para que Dios le sacase de este peligro, como sacó á los tres niños del horno encendido. (Id. de Op. Monach. lib. un. c. 27). Debemos, es verdad, poner en Dios todas nuestras inquietudes, mas no debemos renunciar por esto á todo cuidado y aplicacion; porque Dios quiere que se tenga un cuidado regular de los negocios temporales para no tentarle. No quiere que se pretenda conseguir por milagros y medios extraordinarios lo que se puede hacer con el cuidado y propio trabajo. Así, cuando los cristianos tienen el medio de poder trabajar de sus manos para ganar su vida, si alguno les dijese que está declarado en el Evangelio que las aves del cielo no

siembran, ni cogen, ni encierran nada en sus graneros, responderán, que si alguna enfermedad les quitase el medio de trabajar, esperarían de la Providencia lo que les fuese necesario; pero que pudiendo ganar su vida con su trabajo, no deben tentar á Dios ni omitir los medios establecidos para ello. Así, para evitar el tentar á Dios, debemos seguir la regla declarada por el concilio de Trento: hacer de nuestra parte lo que podemos, y pedir á Dios lo que no podemos. (*Concil. Trid. sess. VI, cap. 11*).

Pero el modo mas criminal de tentar á Dios es aquel de que se hacen reos los pecadores que sumergidos en sus pasiones dilatan de un dia á otro su conversion, y parece que quieren experimentar si podrán, despues de haber tenido una vida pagana, morir como buenos cristianos; pero es un error infeliz, porque la mayor parte mueren como han vivido, ó la muerte les sorprende en medio de sus desórdenes. Los que tientan á Dios por esta vana confianza en su misericordia, se hacen indignos de ella, y, como dice el Sábio, aquellos solamente le hallan, que no le tientan. (*Sap. 1*).

52.

SOBRE EL PECADO DE LA PEREZA, Y SOBRE LA FLOJEDAD EN CUMPLIR LAS OBLIGACIONES DE CRISTIANOS.

Este pecado es de dos maneras: La pereza, tomada en general, es una aversion al trabajo y una inclinacion á la ociosidad. Las personas ricas y dadas á una vida sensual están mas expuestas á esto que las otras. Así, es un pecado de pereza vivir ociosamente, sin ocuparse mas que en bagatelas, como en visitas, en conversaciones inútiles, en un juego que se lleva la mayor parte del dia, ó en otras diversiones.

Si llega la pereza hasta el extremo de impedirnos cumplir las obligaciones de nuestro estado, es un pecado gravísimo; porque despues del pecado de nuestro primer padre, Dios le condenó al trabajo, como á todos sus hijos. *Comerás el pan*, dijo el Señor á Adán, *con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas á la tierra de que has sido sacado.* (Genes. iii. 19). El Sábio presenta al perezo el ejemplo de la hormiga. *Id, dice, á la hormiga, considerad su conducta, y aprended á ser sábio.* Un profeta pone entre las causas de los pecados de Sodoma el exceso de la comida, la abundancia de todas las cosas, y la ociosidad en que estaba ella y sus hijas. (*Ezech. xvi, 49*). En la ley nueva ha declarado Jesucristo, que si no hacemos penitencia, todos pereceremos. Así, la vida de un cristiano debe ser una vida de trabajo, una vida aplicada; porque el trabajo mortifica las pasiones, y cuando se trabaja con espíritu de penitencia, equivale á la vida penitente que todo cristiano está obligado á hacer. Pero tener una vida delicada y sensual, pasarla en la ociosidad muy léjos de todo trabajo, es querer libertarse de la pena que Dios impuso á nuestro primer padre, es olvidarse de que es pecador, y no conocer la necesidad que tiene de hacer penitencia; es no temer perecer eternamente: pues segun las palabras de Jesucristo: *Si no hacemos penitencia, perecerémos.*

La segunda especie de pereza consiste en la flojedad que nos hace omitir nuestras obligaciones por no hacernos violencia. Se cae en este pecado: 1.º cuando se omiten las obligaciones del estado ó de la profesion de cada uno: 2.º cuando se omiten las obligaciones personales; esto es, aquellas que se deben cumplir respecto á las circunstancias en que se halla. Así, uno que ha cometido grandes pecados, está obligado á obras mayores de penitencia, que otro que ha vivido en la inocencia. En

cualquiera situación que estemos, debemos hacer lo que Dios pide en ella de nosotros. Un cristiano debe aplicarse á conocer bien la voluntad de Dios en su estado, y á seguirla fielmente. Nadie está dispensado de esto, aun en las aflicciones ó en las enfermedades: porque no hay estado donde no haya obligaciones que cumplir, y el no practicarlas, ese es el pecado de pereza.

Se llama tambien pereza el disgusto que tenemos para todo lo que puede contribuir al bien del alma, y hace que cumplamos nuestras obligaciones de cristianos con una suma flojedad. Se cae en este pecado cuando se hacen las oraciones con tédio y como por costumbre; cuando se va á los oficios de la Iglesia con repugnancia ó disgusto; cuando no se leen con gusto los libros devotos; cuando no se hace el hombre violencia alguna por corregirse de sus vicios. Este estado de pereza es un estado de pecado, en cuanto nos hace tibios y flojos para con Dios, que no puede sufrir el alma en esta disposicion. Escuchad lo que dice un Ángel de parte de Dios en el Apocalipsis: *Porque eres tibio y no eres ni frio ni caliente, voy á arrojarte de mi boca.* (Apoc. iii). Este pecado es tambien grave, en cuanto es opuesto á aquel gran mandamiento, que nos ordena amar á Dios de todo nuestro corazon, de toda nuestra alma y de todas nuestras fuerzas. En el Evangelio el siervo perezoso é inútil es llamado mal siervo y condenado á las tinieblas exteriores. Las consecuencias de este pecado son el olvido de Dios, la negligencia en trabajar en la obra de nuestra salvacion, que es el mas importante negocio, y al fin la dureza del corazon. Los remedios son la oracion, la vida laboriosa, la lectura de buenos libros, el pensamiento de la muerte.

SOBRE EL PECADO DE LA OCIOSIDAD.

Considerad que la ociosidad es un pecado que por si solo puede perdernos: pues es ocasion y origen inagotable de toda suerte de vicios. El Sábio nos confirma esta verdad en las santas Escrituras. *La ociosidad, dice, enseña muchos males.* (Eccli. xxxiii, 29). *Dios no quiere una multitud de hijos inútiles é infieles.* (Id. xv, 22). *Aquel que apetece no hacer nada, es muy insensato.* (Prov. xiii, 11). Ved aqui como la ociosidad y la inutilidad se cuentan entre los pecados que atraerán nuestra condenacion; esto es cierto, y en cualquiera condicion que se halle uno establecido; porque, como dice Job, *el hombre nace para el trabajo, como el ave para el vuelo.* (Job, v, 7). En efecto, como es propenso al mal por su inclinacion natural, es muy difícil que no se deje llevar de él, cuando viviendo sin ocupacion y sin trabajo, no se alimenta mas que de vanos pensamientos: en esta situacion está expuesto á precipitarse en muchos desórdenes. Además, la ociosidad reduce, como sabeis, á muchas gentes á la infeliz necesidad de hurtar, de ejercer oficios ó trabajos ilícitos y perniciosos, de cometer injusticias, de emprender malos negocios, de hacer servicios criminales á personas ricas, para procurarse por tan vituperable medio algun interés. Y si desde la juventud se ha tomado esta mala costumbre de vivir en ociosidad, es casi imposible hacerse despues al trabajo, porque cuando se ha llegado á una edad avanzada, se halla como forzado á permanecer en la misma vida, indigna á la verdad de un cristiano. Por esto el apóstol san Pablo exhorta á los fieles á aplicarse cada uno á lo que tiene que hacer, y

á trabajar de sus propias manos, para no tener necesidad de nadie, y ordena que con todo el rigor se les obligue al trabajo á los que viven en ociosidad. (I *The*. vi, 11).

Atended, os ruego, á los malos efectos de este vicio y á sus consecuencias infelices. Nada debilita mas las fuerzas del alma, que la ociosidad. Este vicio la llena de fastidios, no la deja obrar, la entorpece el corazon, la impide los buenos afectos y santos pensamientos; y si en este tiempo las tentaciones se levantan, si las ocasiones se presentan, si las pasiones se irritan, se puede decir que esta alma está perdida y abandonada á todos los tiros del demonio. Un hombre así, es tibio y perezoso, é incapaz de hacer nada por su salvacion: si está fuera de su casa, va errante y vagabundo: busca gentes ociosas como él, y las encuentra. Traga todas las ponzoñas que el mundo le presenta: las murmuraciones, las zumbas, los juicios temerarios, las conversaciones enemigas del pudor; todos estos vicios entran de tropel en su espíritu.

¿Quién podrá decir á cuántas personas ha condenado la ociosidad? Y se debe notar que las gentes ricas están mas expuestas á este vicio, que las de otros estados. ¿No es una vergüenza en el Cristianismo ver un número infinito de estas gentes, así mujeres como hombres, que pasan su vida en una perpétua inutilidad? Se levantan tarde: gastan mucho tiempo en vestirse y componerse: de allí van á comer, y de esta suerte se pasa la mañana. Despues de comer, se divierten, hacen ó reciben visitas: á la tarde van al paseo ó á los espectáculos; vuelven á cenar: despues sigue la diversion tal vez, y luego se acuestan. Esta es la vida de una infinidad de cristianos, y no creen que hay en esto algun pecado mortal, cuando esta vida por sí sola lo es gravísimo. Pues ¿por qué se dicen aquellas terribles palabras en el

Evangelio: *Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y arrojado al fuego?* (Matth. iii, 10). ¿Podeis creer, que una vida inútil y nada cristiana no es mas que un pecado venial? Leed en el Evangelio esta sentencia de Jesucristo: *Arrojad al siervo inútil á las tinieblas exteriores.* (Matth. vii, 19). ¿Qué cosa mas expresa y terminante para convenceros que la ociosidad, esto es, la vida de cuantos no hacen nada por Dios, es aquel camino ancho que lleva á la perdicion? No esteis jamás ociosos. Si no trabajais para vosotros, trabajad para los pobres. Ocupad bien todo el tiempo; porque teneis que dar cuenta á Dios de él, pues que se os concedió para granjear la eternidad. Cumplid las obligaciones de vuestro estado; y si os sobra tiempo empleadlo en vos: leed, orad, meditad, visitad los pobres, servid á los enfermos. En una palabra, haced alguna cosa que sirva para vuestra santificacion y sea útil á vos y á los demás.

Si no haceis asunto del negocio de vuestra salvacion, si buscáis demasiado vuestras conveniencias, si cuidais mas de vuestro cuerpo y de vuestra salud, que del bien de vuestra alma, esto es lo que se llama tener una vida delicada y ociosa. La devocion no es otra cosa que el servicio de Dios. Mas ¿por qué ocupacion ó acciones de vuestra vida podeis persuadiros que vivís para Dios? ¿Qué haceis para agradarle, para obedecer á su ley? No buscáis mas que la satisfaccion propia, la de vuestros gustos y vuestras inclinaciones. ¿Qué es lo que Dios puede tomar para sí de todos vuestros días? Teneis alma: me persuado que así lo creéis. Pues si teneis alma, no la habeis recibido en vano. Pero si no la tu-

viéseis ó si fuese un alma extraña, ¿haríais menos por ella? ¿Qué oraciones dirigís al cielo para obtener las gracias que hacen al hombre virtuoso? ¿qué esfuerzos haceis para desarraigar los vicios de vuestra alma? ¿qué precauciones tomáis para cerrarles la entrada? Profesais la religion cristiana; pero en esta religion toda divina es menester elevarse sobre sí mismo; es menester tenerla dentro del corazon; esperar los bienes de ella; amar su dignísimo objeto, que es Dios; servirle con fidelidad; trabajar sobre vos mismo para haceros digno de él; ser útil á vuestros hermanos segun los medios que teneis. ¿Mirais como verdad infalible todo lo que Jesucristo dice en su Evangelio? Pues abridle, y leed: *Si no haceis penitencia, todos pereceréis. ¡Oh qué estrecho es el camino que conduce al cielo! Esforzaos para entrar por la puerta angosta: solo los que se hacen violencia, arrebatan el reino de los cielos. El que no lleva su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo.* (Luc. iii; Matth. vii, 14). ¿Podeis mostrar en vuestra vida alguna idea de este Evangelio? Pues es menester, ó revocar este Evangelio, ó convenir en que perdida la inocencia, no hay otro recurso que la penitencia. ¿Y quién ha conservado esta inocencia que se pierde tan fácilmente? Si sois muy débil para sufrir la penitencia de los fuertes, haced la penitencia de los flacos, de la que nadie puede legítimamente dispensaros. ¿No hay mil separaciones sensibles al amor propio, mil renunciaciones de sí mismo que afligen al hombre, ciertas mortificaciones del espíritu y del corazon que cuestan mas á la naturaleza que todas las maceraciones del cuerpo? ¿no hay una vida de retiro, de silencio y de oracion? ¿no hay unas lágrimas interiores, un gemido secreto, un sacrificio de un corazon contrito y humillado que Dios estima mas que todos los holocaustos?

En fin, si toda vuestra vida es un tejido de acciones puramente humanas, todas ellas no pueden formar una vida cristiana; y una vida que no es cristiana, es vida pagana y gentil. No basta no hacer mal, es necesario obrar bien; y no obrar bien es un grande mal. El árbol que no da fruto, es cortado y arrojado al fuego, como el que le lleva malo. El siervo inútil y perezoso es desechado y arrojado á las tinieblas, como el malo. Considerad estas verdades, y quizá os harán impresion.

53.

SOBRE LA NEGLIGENCIA EN INSTRUIRSE DE SU SALVACION.

La negligencia que teneis en instruiros de los medios de obrar vuestra salvacion, es prueba del poco cuidado que teneis de vuestra alma. ¿No os habeis puesto á pensar alguna vez en estas palabras de Jesucristo: *¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?* (Matth. xvi, 26). ¿Ni en lo que dijo á Marta: *Te turbas con el cuidado de muchas cosas, pero sábeta que una sola es necesaria?* (Luc. x, 41). Ved lo que dice el Sábio: *Cuidad de vuestra alma, haciéndoos agradables á Dios, y reprimid vuestros deseos.* (Eccli. xxx, 24). La misma Escritura nos enseña, que la ciencia de la salvacion es no solamente el mayor de los bienes, sino que es imposible sin ella tener algun bien: *Donde no hay ciencia del alma, no hay bien.* (Prov. xix, 2). Por eso á cuantos no están instruidos de esta ciencia los llama *pequeños, insensatos, locos, imprudentes.* Ó hijos, les dice, *¿hasta cuándo quereis ser niños? ¿hasta cuándo los insensatos amarán lo que les pierde, y los imprudentes cuándo serán sábios?* (Prov. i, 22).

Comprended bien, que la ciencia de la salvacion es la

que nos enseña el camino del cielo, la senda para la vida eterna, los medios de vencer todo lo que se opone á nuestra salvacion, como son nuestras pasiones; en una palabra, que esta ciencia nos enseña á vivir de manera, que podamos merecer el cielo: de donde debeis inferir que es la mas importante de todas las ciencias, y que es infinitamente superior á todas. Sabed que las demás ciencias tienen usos limitados. En efecto, no hay siempre lugar de servirse, por ejemplo, de la medicina, de la jurisprudencia, de la arte militar; pero no hay tiempo, no hay momento en que no haya necesidad de la ciencia de la salvacion. Con todo ¿es posible que esta ciencia de la salvacion tan importante sea la que menos se busque y de la que los hombres cuiden menos? Se instruyen de lo que es necesario para conservar los bienes temporales, y las necesidades de la vida presente hacen á todo el mundo sábio para buscar su remedio; pero la ciencia de conservar los bienes espirituales y los tesoros de la gracia recibidos en el bautismo, es la ciencia que menos se busca en el mundo. El origen de esta ceguedad viene del pecado y del excesivo cuidado de las cosas temporales, como si no hubiese Providencia. Aunque Jesucristo nos haya dicho: *Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán dadas por añadidura* (Matth. vi), y que no ha venido al mundo sino para salvarnos; sin embargo, la mayor parte de los cristianos, por una insensatez que admira, pasan el tiempo de su vida sin instruirse en la ciencia de su salvacion ni ponerla en práctica. En todo se ocupan con aplicacion y gusto, menos en el único negocio para el cual están en el mundo.

La ciencia de la salvacion no se aprende como las demás con el estudio y el trabajo; es menester esperarla de Dios. El apóstol Santiago nos lo enseña: *Si á alguno de*

vosotros le falta la sabiduría, pídale á Dios, que la da á todos liberalmente, y le será dada. (Jacob. i, 5). Pero como Dios no proporciona las cosas segun el estado imperfecto que tenemos mientras vivimos en este mundo, quiere que busquemos esta ciencia por los medios ordinarios que nos ha procurado. Estos son la lectura de la Escritura santa, particularmente del Nuevo Testamento, y de los libros devotos; la instruccion de los pastores que Dios nos los ha dado para nuestra enseñanza, y de todos aquellos de quienes se puede recibir alguna luz, como son los confesores. Pues por estos diversos medios se instruye uno de las verdades del Evangelio, y de todo lo que es necesario saber para su salvacion, y llegar á la bienaventuranza eterna. No obstante, los mas de los cristianos omiten estos medios. Porque ¿cuántos hay que tengan señalado todos los dias algun rato libre para dar á su alma con alguna lectura espiritual el alimento que necesita? Negligencia es esta que no puede menos de ser pecado; pues conduce el alma derechamente á la muerte, quitándole la fuerza y el vigor necesario para sostenerse contra las tentaciones. Esto es lo que debiérais practicar. Pero es menester hacer la leccion de una manera capaz de atraer sobre vosotros el espíritu de Dios: es menester hacerla con el fin de escuchar allí la voz de Dios, porque segun los santos Padres, así como nosotros hablamos con Dios en la oracion, así Dios nos habla por la lectura. Por estos diversos medios os instruiréis en la ciencia de la salvacion. De esta manera aprenderéis á observar los mandamientos de Dios; y el Sábido dice, que observar estos mandamientos es el todo del hombre. Guardar los mandamientos es vivir segun el Evangelio; es amar á Dios sobre todas las cosas y cumplir las promesas de su bautismo; esto es renunciar al demonio y sus pompas, aborrecer al mundo y al pe-

cado, dejarle, destruirle por la penitencia; mortificar sus pasiones, cumplir las obligaciones de su estado, tener una caridad tierna para con el prójimo, estar desprendido de las cosas terrenas y suspirar por las celestiales. Esto os enseñará la ciencia de la salvacion.

56.

SOBRE EL MISMO ASUNTO.

La obra de vuestra salvacion es el negocio mas importante que teneis en esta vida. Alegais que las ocupaciones del mundo, los negocios, vuestra profesion os ocupan enteramente, y que os queda poco tiempo para pensar en la salvacion; y añadís para calmar vuestros remordimientos, que cuando esteis mas tranquilo y os faltan ciertos estorbos, os emplearéis únicamente en el negocio de vuestra eternidad. Vos vivís en el engaño de que la salvacion es incompatible con las ocupaciones precisas del estado en que la Providencia os ha puesto. Pues yo os persuadiré, que podeis hacer de ellas medios para vuestra santificacion, y ejercitar en vuestro estado todas las virtudes cristianas. Por ejemplo: podeis ejercitar la penitencia, si las ocupaciones son penosas, cumpliéndolas con este espíritu; la clemencia, la misericordia, la justicia, si vuestro estado es de superioridad; la sumision á las órdenes del cielo, si el suceso no corresponde algunas veces á vuestra esperanza; el perdon de las injurias, si padeceis opresion, calumnias ó alguna otra violencia; la confianza en Dios solo, si experimentais injusticia de parte de vuestros superiores. ¿No hay almas en vuestro estado que tienen una vida pura y cristiana? Vosotros mismos sabeis que se puede hallar á Dios en todas partes, y que una alma cristiana sabe in-

vocar en todas las cosas á Dios; con qué este pretexto que alegais es un pretexto de que el demonio se sirve para impedir vuestra penitencia. Y aun cuando hubiéseis llegado á estar libre de todos los embrazos que, segun decís, os desvian de vuestra salvacion, ¿vuestro corazon estará entonces libre de pasiones? ¿seréis mas humilde, mas paciente, mas mortificado? ¡Ah! no son las ocupaciones exteriores las que os impiden; el mayor obstáculo es el desarreglo interior. Vuestros cuidados terrenos serán incompatibles con la salvacion, cuando vosotros os entregueis á ellos desordenadamente.

El negocio de la salvacion es no solamente el mas importante, sino el que pide las mayores atenciones. Es necesario examinar con cuidado si los caminos por donde vais son seguros, y no os extravian del último fin: porque en un negocio de tanta importancia no se deben adoptar las preocupaciones comunes, por mas que estén en práctica: es necesario examinar á dónde lleva el camino que las gentes del mundo siguen. No es menester mucha inteligencia para saber que el mundo es una guia engañosa; que sus máximas están reprobadas en la escuela de Jesucristo, y que sus leyes no pueden jamás prescribir contra la ley de Dios: esta es la ciencia de la salvacion. Bien sabeis las sendas por donde los Santos caminaron, y se os muestran todos los dias: se os convida con sus ejemplos á seguir sus pasos; y así se os dice con el Apóstol, que los hombres de Dios que nos han predicado, vencieron el mundo y lograron el efecto de las promesas. Veis que solo imitándolos podeis esperarlas, y que en el camino del mundo todo es de temer. ¿Y os mantendréis aun mas tiempo indecisos? ¿os resistiréis mas á vuestras propias luces? ¿preferiréis el peligro á la seguridad? No ignorais que una vida empleada en el juego, en los espectáculos, en pasatiempos, es un ca-

mino poco recto para el cielo. Ningun Santo á lo menos nos ha dado este ejemplo; unas costumbres mas arregladas y mas cristianas no nos dejarían motivo para temer. Lo sabeis, y no obstante mas quereis aventurarlo todo, que asegurarlo si ha de costar algo. Dilatar los negocios es aventurarlos, y tomarlos con tiempo es asegurarse prudentemente de su buen éxito. Sin embargo, preferís la esperanza incierta de una gracia que quizá no se os concederá, á la salvacion que ahora se os ofrece. En una palabra, si quereis sinceramente salvaros, escoged los caminos mas derechos para llegar á donde aspirais: seguid el que Jesucristo nos ha mostrado, que solo él puede conducirnos allá. Buscad las sendas mas seguras: el retiro en lugar de las peligrosas compañías y del comercio apestado del mundo; la oracion en lugar de los pasatiempos; la guarda de los sentidos en lugar de los espectáculos; la modestia por el lujo y la vanidad; la mortificacion por la vida delicada y sensual. Este es el medio de caminar seguramente. Comprended, en fin, que seria una locura querer salvarse por donde otros se condenan.

57.

SOBRE EL MISMO ASUNTO.

El tiempo es corto, y por eso los dias que nos restan son tan preciosos, que es necesario ponerlos todos en comercio para la eternidad: es necesario redimir el tiempo, como dice el Apóstol, para entregarlo á los cuidados de la vida futura, á costa de los bienes de esta. Una vida tan corta y tan desgraciada ¿se nos habrá dado para que nos ocupemos todo el dia en pensar lo que comeremos mañana? Reflexionad, amado hermano mio, que no te-

niemos seguro siquiera uno de nuestros dias; ni vivimos el instante presente, sino dudando si viviremos el futuro: y con todo, ¿por el futuro é incierto son vuestras inquietudes y vuestros temores? Acordaos de lo que dice el Hijo de Dios echando en cara á los hombres su locura de gozarse en las riquezas que han amontonado. *¡Insensato, dice, esta noche morirás! Y lo que has preparado, ¿para quién será?* ¡Insensato con nombre y reputacion de sábio, esta noche misma morirás, y te se pedirá cuenta de esa alma que has olvidado como si fuera extraña, y la has abandonado como si la hubieses recibido en vano! Has pensado en todo, de todo has cuidado, menos de tu alma. Dejas tu casa llena de bienes, tu familia en abundancia, tus hijos bien colocados; y tu alma, como si nada te importase, la presentas delante de su juez vacía de buenas obras, y tal vez cargada de iniquidades. ¡Insensato! tus bienes serán acaso reprobados como tú: tus riquezas, amontonadas con tanto desvelo, no te consolarán en tu perdicion.

Sé que hay obligaciones humanas que entran en nuestra vocacion al reino de Dios: hay solicitudes temporales, á las cuales la Providencia misma nos ha sujetado con respecto á nuestra eterna salvacion: y así, permaneced en vuestro estado; no abandoneis vuestros negocios, pues hacen parte de vuestra vocacion: pero acordaos ante todas cosas que sois mortal, que pasaréis muy presto de vuestra habitacion terrestre á la casa de vuestra eternidad. En medio de vuestra atencion á los negocios temporales, acordaos que teneis un negocio personal, al cual es necesario dedicar el tiempo, la libertad del espiritu y el desprendimiento del corazon: este es el negocio de vuestra salvacion eterna.

Observad tambien que no hay pecador, si su pecado no le ha hecho perder su religion, que quiera morir del

modo que vive. Todos, por tibios que sean, meditan un género de vida mas perfecto. Así todos los que creen en la vida eterna quieren morir bien; pero siempre hay un proyecto que concluir, una obra empezada que es menester acabar; siempre se cuentan algunos años que se pueden dar todavía al placer; no ha llegado aun el tiempo de hacer todas las renunciaciones que pide una vida exactamente cristiana. ¿Y cuánto durará esto? Algunos años, algunos meses ó algunos dias. Y si estais ya al fin de vuestra vida, y morís lleno de proyectos ambiciosos, en vuestros deleites y en vuestros pecados, ¿qué hombre habrá mas infeliz é insensato? ¿Y bastará llorar en la muerte esta desgracia y locura? Cuando menos lo pensaréis, como dice expresamente Jesucristo, la muerte estará á vuestra puerta, el Hijo del Hombre vendrá á juzgaros de repente, como un ladrón; entonces es menester estar prevenido, no es tiempo de comenzar á prevenirse: no hay espera.

SOBRE EL BAUTISMO.

¿Habeis pensado alguna vez en las obligaciones que habeis contraido por las promesas solemnes del Bautismo? ¿Qué habeis prometido? Renunciar al mundo, á la carne, á Satanás y á sus obras. Con estas condiciones os fue prometida la vida eterna. Estas verdades tan sencillas son con todo muy ignoradas. Habeis, pues, lo primero renunciado al mundo en vuestra profesion: con qué estais obligado por este solemne juramento á aborrecer al mundo y no conformaros con el siglo. Si le amais, si seguís sus deleites y costumbres, no solamente sois enemigo de Dios, como dice san Juan, sino que

quebrantais la fe prometida en el Bautismo. ¿Y cuál es este mundo que debeis aborrecer? Es una junta de pecadores, cuyos deseos, temores, esperanzas, proyectos, alegrías y tristezas no versan sino sobre los bienes ó los males de esta vida. Es una asamblea de gentes que tienen la tierra por patria, las promesas de la fe por un sueño, la muerte por la mayor de las desdichas; que no conocen á Jesucristo, ó si le conocen, le aborrecen en sus máximas, le menosprecian en sus siervos, no hacen caso de él y le ultrajan en sus Sacramentos. Este es el mundo con el cual no debeis conformaros, antes le debeis combatir con vuestros ejemplos: pero seguís sus leyes, adoptais sus máximas, aprobais cuanto él aprueba, os encantan sus deleites, y no os ofenden sus malos ejemplos.

Habeis renunciado á la carne en vuestro bautismo, esto es, os obligásteis á no vivir segun los sentidos, á mirar la vida delicada como delito, á no lisonjear los deseos corrompidos de vuestra carne, á castigarla y domarla; porque esta es la primera de vuestras obligaciones.

Habeis renunciado á Satanás y á sus obras: ¿y cuáles son las obras de Satanás? El orgullo de quien él es el modelo; la mentira de quien es padre; los celos y las contiendas de que es el artífice; las pompas, los juegos, los deleites, los espectáculos; estos son los votos de vuestro bautismo. No son consejos; son obligaciones de un cristiano. Sin embargo, pocos las observan. ¿Os acusais en la confesion de haber sido infiel á ellas? Suele costaros trabajo encontrar materia para la confesion, y despues de una vida mundana no teneis casi nada de que acusaros. ¡Ah hermano mio! si supiéseis á qué os obliga el título de cristiano que teneis; si comprendiéseis la santidad de vuestro estado, el desasimiento que os impone de todas las criaturas, el odio del mundo y de vos mis-

mo, la vigilancia continua, la guarda de los sentidos que os ordena; en una palabra, la conformidad con Jesucristo que exige de vosotros; si atendiéseis que debéis amar á Dios de todo vuestro corazon y con todas vuestras fuerzas, y que no debéis amar nada sino con respecto á él, os hallaríais hecho un mónstruo delante de sus ojos.

Si esto es así, me diréis, ¿quién podrá salvarse? Pocos, amado hermano mio: á lo menos no será la multitud. Pero ¿quereis saber quién podrá salvarse? Los que obran su salvacion con temor y temblor, los que viven en medio del mundo, pero no viven como el mundo. ¿Quién podrá salvarse? El que imita las primeras costumbres de los cristianos, el que tiene las manos inocentes y el corazon puro; *el que no ha recibido su alma en vano*, sino que en medio de los peligros del mundo se aplica sin cesar á purificarla; el justo, *que no jura para engañar á su prójimo*; el que colma de beneficios al enemigo que ha querido perderle; el que no sacrifica la verdad al vil interés; el que hace de su casa el asilo de sus hermanos, de su caudal el socorro de los pobres; el que es sumiso en las aflicciones, cristiano en las injurias, y penitente en cualquiera situacion. ¿Quién podrá salvarse? Vos, amado hermano mio, si quereis seguir estos ejemplos. Ved los que se salvarán. Pero estas gentes no forman seguramente el mayor número. Con qué si quereis aspirar á la salvacion, no debéis vivir como los mas: esto debéis inferir de estas terribles verdades.

SOBRE LA DOCTRINA QUE JESUCRISTO NOS ANUNCIÓ
EN SU EVANGELIO.

Quizá nunca habeis considerado bien ni meditado la doctrina de Jesucristo contenida en los santos Evange-

lios. No obstante, á esta doctrina debéis arreglar vuestras costumbres: por esta doctrina debéis ser juzgados los cristianos. Escuchad ahora las palabras de la vida eterna de su misma boca: Jesucristo es quien habla. Los hombres, olvidando á Dios, no amaban sino á sí mismos, á los demás por sí: y yo, dice Jesucristo, vengo á enseñaros á no amar sino á Dios, á no amaros á vosotros mismos ni á los demás sino con respecto á Dios. (*Matth. v, 44*). Los hombres desean mil cosas vanas, y temen únicamente la indignacion de los hombres: y yo vengo á enseñaros á no desear mas que las del cielo, á buscarlas antes que todo, y á no temer á otro que á aquel que puede perder el alma y el cuerpo juntamente, arrojando uno y otro al fuego eterno. (*Matth. vi, 33*). Los hombres ponen toda su confianza en otros hombres para todas las cosas: y yo vengo á enseñaros á no colocar la vuestra, así para las cosas de la vida presente, como para las de la vida eterna, sino en aquel á quien llamaréis vuestro hermano en el cielo (*c. xiii*). Los hombres pretenden libertarse de mil males, que pueden convertirse en su bien: y yo vengo á enseñaros á libertaros del verdadero mal, que es el pecado (*c. vi, 31*). El mundo llama felices á los ricos, á los que viven en el ocio, en los placeres, en los honores, y desgraciados á aquellos á quienes falta todo esto: y yo llamo bienaventurados á los que me conocen á mí y á mi Padre, Dios vivo y verdadero, á los que son puros delante de sus ojos, á los que lloran, á los que tienen hambre y sed de justicia, á los que padecen persecucion por mí, á los que practican virtudes oscuras y menospreciadas del mundo (*c. v, 8*). Yo llamo felices á los que el mundo llama desgraciados, é infelices á los que el mundo llama dichosos. La naturaleza inspira horror á los trabajos: y yo quiero mostraros y enseñaros á sufrirlos (*c. v, 8*). La razon humana fiera y

orgullosa justifica la ira y hace despreciar á los demás: y yo vengo á enseñaros en mi persona con mis palabras y ejemplos á ser dulces y humildes de corazón. El sentido humano y el amor propio decían: Amad á los que os aman, haced bien á los que os hacen bien, humillad á los que se elevan sin motivo, y destruidlos si redundan en menoscabo vuestro: y yo vengo á deciros: Amad á los que os aborrecen, haced bien á los que os hacen mal, rogad por los que os persiguen y calumnian, perdonad de corazón, y remitid á Dios vuestra venganza. La filosofía habia declamado, es verdad, contra estas pasiones que deshonoran enteramente al hombre y le tiranizan, pero perdonaba las mas perniciosas y perversas: y yo vengo á enseñar á todos los hombres, que despues de haber renunciado la impiedad de los ídolos deben renunciar las pasiones de este mundo, comenzando por las espirituales, como mas malignas en sí mismas y origen de otras. El mundo decia al hombre: Goza dulcemente de tus dias, de mis bienes, y de cuanto hay en mí que pueda hacer la vida deliciosa: y yo vengo á destruir este gozo y deleite en las cosas del mundo: yo os predico privaciones, mortificación, penitencia para salvar vuestra alma de la ira futura; esfuerzos, violencias para arrebatarse el reino de los cielos. Este es mi Evangelio.

Si habeis querido entender esto, lo habeis entendido todo, hermano mio. ¿De qué nos servirá haber conocido á Jesucristo por Hijo de Dios y Dios verdadero, si las verdades de su Evangelio no son bien creidas y mejor practicadas; si negamos su doctrina con vuestras costumbres; en una palabra, si creyéndonos cristiaños, vivimos como paganos?

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

ADVERTENCIAS É INSTRUCCIONES Á LOS PECADORES ENDURECIDOS

PARA EXCITARLOS Á CONVERTIRSE:

Y TAMBIEN A AQUELLOS QUE MANIFIESTAN TENER

VOLUNTAD DE HACERLO.

1.

SOBRE DILATAR LA CONVERSION PARA LA MUERTE.

Oid lo que Dios dice á los pecadores endurecidos en las santas Escrituras: *No dilateis convertiros al Señor, no lo dejeis de un dia para otro; porque su ira vendrá de repente, y os perderá en el dia de la venganza.* (Eccli. v, 8). *Convertios al Señor, y dejad vuestros pecados: ofrecedle vuestras oraciones, y apartaos de cuanto pueda seros ocasion de pecar.* (Id. xvii, 21). *Volved á entrar en vuestro corazón, violadores de mi ley: reconoced que yo soy Dios, y que no hay otro Dios sino yo, que no tengo semejante. Escuchadme, corazones endurecidos, vosotros que estais retirados de la justicia: yo he callado hasta ahora; pero ahora clamaré como mujer que está de parto; lo destruiré todo, y lo aniquilaré.* (Isai. xlvii, 8, 14).

Escuchad las palabras terribles que Dios dice á los pecadores que no se convierten á él sino cuando sienten acercarse la muerte: *Yo os he llamado, y no habeis que-*